

Nacionalistas y corporativistas chilenos de la primera mitad del siglo XX*

Chilean nationalist and corporatist in the first half of the twentieth century

Luis Corvalán Marquez**

Resumen

El artículo analiza el pensamiento de cuatro autores que durante la década de los treinta y comienzos de los cuarenta del siglo XX, intentaron revitalizar el pensamiento nacionalista y corporativista en Chile, aspirando con ello a fundamentar el planteamiento según el cual los males del país se debían a su régimen político demoliberal, supuesto desde el cual postularon la necesidad de instaurar regímenes autoritarios.

Palabras clave: decadencia; gobierno nacional; autoridad, corporativismo.

Abstract

The article analyzes the thought of four authors whom during the decades of the thirties and beginning of the fourties of the XX century intended revitalized the nationalist and corporatist thought in Chile, aspiring whith it to give foundation to the state according to the problems of the countrie it where the concecuence of it democratic liberal political regime, supposition on which stated the need of implant authoritarians regimes.

Keywords: decadence; national government; authority; corporativist

* Este artículo es parte del proyecto de investigación “*Desde Jorge González von Marees a Jaime Guzmán: para una historia del pensamiento antidemocrático en Chile, 1931-1989*”, auspiciado por la Dirección de Investigaciones de la Universidad de Valparaíso, Chile.

** Chileno, Dr. en Estudios Americanos, Académico del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, contacto: icorvala@hotmail.com

Introducción

En Chile a lo largo del siglo XX existió una fuerte tradición de pensamiento antidemocrático cuyas expresiones principales fueron el nacionalismo y el corporativismo. Luego de la caída de Carlos Ibáñez del Campo (1931), esa tradición sufrió un temporal retroceso. Pronto, no obstante, se recuperaría ganando un no despreciable espacio en la cultura intelectual del país. Tal cosa a través de nuevas obras elaboradas por algunos de sus representantes. Este artículo trata sobre algunas de ellas e intenta demostrar en qué sentido constituyeron manifestación de un pensamiento contrario al régimen demoliberal.

Como es sabido, el corporativismo y el nacionalismo como corrientes de pensamiento existían en el país desde antes de la década de los treinta. A lo largo de esta, sin embargo, y comienzos de los cuarenta, se vieron revitalizados a través de las obras de varios autores que les proporcionaron mayor presencia intelectual. En esta tarea sobresalieron dos figuras destinadas a ejercer amplia influencia en el campo de las ideas: Francisco Encina y Jaime Eyzaguirre. El primero situó su reflexión dentro de los esquemas nacionalistas, mientras que el segundo, en el del corporativismo y del neotradicionalismo. Dentro de esta misma corriente quizás quepa agregar la figura de Osvaldo Lira y, en la nacionalista, la de Jorge Gonzalez von Marées.

1. Francisco Encina: anti racionalismo, intuicionismo y el rol de la personalidad salvífica encarnada en Portales

En 1934 Francisco Encina publicó su libro *Portales*, obra a través de la cual llegará a consolidar la versión autoritaria de la historia de Chile, al tiempo que dará los toques definitivos al mito portaleano, que ya Alberto Edwards en *La Fronda Aristocrática*, había perfilado con suficiente claridad. En primer término haremos una referencia a las bases conceptuales del libro para después referirnos a sus tesis principales.

Debemos decir que las bases conceptuales del *Portales* fueron bien precisas. Entre ellas, antes que nada, figuran ciertas premisas racistas. Nuestro autor, en efecto, visualizó a la nación chilena como un agregado de componentes étnicos. Tales serían: el castellano-vasco y el andaluz -que conformarían a la clase alta- y el aborigen y el mestizo, que constituirían el pueblo, inmensamente mayoritario. A cada uno de estos componentes Encina le atribuye ciertos rasgos en el plano del pensamiento, la psicología e, incluso, del comportamiento político, que no cabe aquí detallar.

Una segunda base conceptual en que se apoya el *Portales*, reside en el elemento positivista, quizás spenceriano, referente a las etapas de evolución de los pueblos, presente ya en *Nuestra Inferioridad Económica*. La tercera consiste en una explícita definición irracionalista que exaltaba la intuición como forma más alta de acceso a la realidad, desde la cual Encina devalúa al racionalismo, al que identifica con los esquemas muertos de los doctrinarios liberales¹. Respecto de esto último, a continuación haremos algunas breves observaciones.

Cabe subrayar que la apología del elemento intuitivo, junto a la condena del racionalismo, que es su otra cara, ocupa un lugar muy relevante en la elaboración enciniana, no sólo por cuanto este autor estima que la intuición constituiría la forma superior de conocimiento, sino porque, además, sería privativa de unos pocos elegidos. Hay que precisar que en este aserto se halla la base de un elitismo totalmente contrario a las concepciones democrático-liberales, las que reposan sobre el supuesto de la racionalidad, y postulan que la razón se encuentra igualmente repartida entre todos los hombres, de donde se deriva la tesis sobre la soberanía popular.² En contraposición a ello, el antirracionalismo de Encina constituye la premisa teórica de la tesis que afirma la necesidad del gobierno de una elite encabezada por una personalidad excepcional, como Portales, dotada de considerable intuición e instinto. Por este concepto, el irracionalismo de Encina se vincula tanto al antiliberalismo cuanto a un claro rechazo a la democracia.

1.1 Anarquía y personalidad salvífica

A partir de las mencionadas bases conceptuales, Encina elabora su concepción de país, de la cual emergerá la necesidad de instaurar regímenes autoritarios antiliberales. Esa concepción de país, siguiendo el esquema de Edwards, se materializa en la dialéctica entre anarquía y salvación, tan propia del conservadurismo antiliberal. La anarquía, a juicio de Encina, habría sido el resultado de la conjunción de varios factores. En primer término sería el producto de aquella visión negativa de la libertad que, por su “fondo racial”, profesaría el elemento castellano-vasco, visión que consistiría en un rechazo a los regímenes fuertes, lo que vendría unido a una inclinación por los gobiernos de Juntas o Congresos sin grandes atribuciones y, por tanto, débiles, incapaces de verdadera labor gubernativa. El segundo elemento conducente a la anarquía sería el pueblo, el que dado su componente aborigen, representaría un “retroceso en el desenvolvimiento mental” de la nación,³ pueblo que en razón de su atraso civilizacional, confundiría la libertad con la licencia. El tercer determinante de la anarquía consistiría, a juicio de Encina, en la

¹ “Todo lo grande, todo lo útil y todo lo duradero en la historia, lo creó el instinto. Todas las destrucciones y todos los desastres los creó la teoría racional,” sostiene Encina en el tomo II, p.173, de su *Portales*.

² Renato Cristi y Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile, seis ensayos*, Ed. Universitaria, Santiago, 1992, p.62.

³ Francisco Encina, *Portales*, Ed. Nascimento, Santiago, 1964, p.163.

admiración a-crítica de lo extranjero y en el afán de copiar sus ideas e instituciones (liberales), las que no corresponderían al nivel alcanzado por el país, actitud imitativa que también se derivaría del ya mencionado retroceso mental de la nación producto del mestizaje.

La anarquía y el avanzado proceso de disolución nacional derivado de los mencionados factores habrían sido revertidos por la acción de Portales. Este, en la visión de Encina, aparece como un genio situado en un plano muy superior a su época, sobre todo por hallarse dotado de una intuición excepcional, estando destinado a imponer un gobierno de autoridad, el cual, a su vez, sería la premisa para la superación de los procesos disolventes en curso.

En la visión de Encina, Portales, como prototipo de los individuos de excepción, habría percibido por vía intuitiva la necesidad de un impersonal poder fuerte. Con el propósito instaurarlo habría cooptado, a través de la sugestión, a la aristocracia castellano-vasca, temerosa de la anarquía, construyendo con su apoyo una autoridad “respetable y respetada” y una especie de “religión del gobierno”, dotando al Estado de un espíritu, convirtiéndolo en algo orgánico y “en forma”, al estilo spenglereano, generando en torno a ello un alma nacional y una tradición. Tal cosa habría supuesto tanto constreñir a la aristocracia castellano-vasca a que dejara de lado su ancestro antiautoritario, cuanto tutelar a un pueblo situado en una etapa primitiva de su desarrollo -incapaz, por tanto, de razonamiento político- decidiendo por él mientras no llegara a su mayoría de edad. De esta manera, por otra parte, se lograría sustraer a la masa inerte del influjo del revolucionario profesional y del demagogo.⁴

De tal modo, sostiene Encina, se habría dado lugar al gobierno de una elite, activo, enérgico, eficiente, de alto valor moral, “en oposición a la democracia, que tiende a radicar el mando en los que halagan (los) apetitos” de la multitud. El gobierno de dicha elite, encabezado por la personalidad excepcional sería representativo, pues, agrega Encina, de una concepción “que se opone violentamente al liberalismo doctrinario del siglo XIX.”⁵

Bajo esos supuestos Encina hace una distinción entre el líder preocupado sólo de los intereses de la nación y los políticos que halagarían los apetitos de las masas como medio de acceder al poder. El primero, a diferencia de estos últimos, profesaría un concepto de la política y del ejercicio del gobierno como acción desinteresada. Incluso más, como un sacrificio del propio interés personal, al que dejaría de lado en aras de los del país. Tal sería el caso de Portales. Frente a este concepto de la política como sacrificio, que sería propio de las elites antiliberales, al liberalismo le sería consustancial el concepto de la política como

⁴ Francisco Encina, *op. cit.*, p.255.

⁵ Francisco Encina, *op. cit.*, p.350.

ventaja u obtención de beneficios particulares, sea de individuos o de grupos, todo en contra de los intereses generales de la nación.

La tesis de fondo que había detrás de esta idea es simple. A saber, que los regímenes demoliberales no pueden representar los intereses nacionales sino los de grupo, llevando, como producto de ello, al país a la decadencia; mientras que el gobierno de la personalidad providencial y de sus elites anexas, articulados en un régimen de orden y de autoridad –por sobre banderías y partidos- sí podría hacerlo, conduciendo, en consecuencia, al país a su auge.

En los mencionados planteamientos hay adicionalmente dos supuestos implícitos. Uno es el referente al concepto de nación entendida como una entidad indivisa carente de conflictos internos. Y el otro es el supuesto de que existen individuos y elites que con exclusividad expresarían sus intereses. El gobierno de éstos, por tanto, sería el que habría que implantar.

De tales supuestos se deriva una conclusión adicional de la mayor importancia. A saber, que la personalidad salvífica y las elites que expresarían los intereses nacionales, accediendo al gobierno, deben imponer dichos intereses, aún por la fuerza, a quienes perseguirían conveniencias particulares y de grupo. No es extraño, entonces, que Encina insista en que uno de los elementos esenciales del pensamiento portaliano radique precisamente en revalorizar la “sanción”, esto es, la coacción estatal, cuya ausencia habría sido uno de los factores que abrieran paso a la anarquía. La sanción, “severa y justa”, sería el irrenunciable instrumento requerido por la autoridad a los efectos de impedir que afloren los particularismos. A través de ella se garantizaría el orden, la cohesión y la realización de los intereses nacionales.

Esta temática, por otra parte, se vincula a la dualidad entre patriotas y antipatriotas que es tan propia del ideologismo nacionalista. El acatamiento al orden autoritario implantado por las elites sería sinónimo de actitud patriótica, mientras que su alteración representaría un atentado en contra de la patria. “El orden, señala Encina, emana del patriotismo. El que atenta contra él, atenta contra la prosperidad y contra el porvenir de su patria.” De allí que “el revolucionario sea un mal ciudadano que se coloca en el mismo plano moral que el enemigo extranjero; más aún, dice Encina en su *Portales*, se confunde con el traidor.”⁶

Como puede verse, nos encontramos aquí frente al típico argumento nacionalista que deslegitima a la disidencia convirtiéndola en sinónimo de “traición”. Las aristas autoritarias y antiliberales de estas concepciones son evidentes por sí mismas.

⁶ Francisco Encina, *op. cit.*, p.211.

Junto a lo dicho, Encina asume en su *Portales* otro de los tópicos infaltables dentro de las concepciones nacionalistas. Se trata del tema de la proyección de la nacionalidad en el campo exterior. A este respecto atribuye a Portales el propósito de transformar a Chile en “una gran nación”, poderosa y respetada, la primera de Hispanoamérica. Dicho objetivo, como en todo nacionalismo, es vinculado a la cohesión interna del país, al fortalecimiento del Estado y a la instauración de un régimen de orden y autoridad. Dentro de esta lógica se hacen más inteligibles las asociaciones que nuestro autor hace entre el disidente, el “enemigo extranjero” y el traidor.

Por último, hay en esta obra de Encina un punto que parece un tanto secundario pero que reviste una relevancia especial. Es el referente a la percepción que de Portales tenían sus contemporáneos. Encina, sobre el punto, perfila un Portales incomprendido por su tiempo, impopular e, incluso, detestado, cuestión que a nuestro autor le parece natural, e inevitable, debido a que Portales, dada su genialidad, se hallaría muy por encima de sus contemporáneos, mirando hacia un futuro que para estos era inaccesible.

Este planteamiento, de clara matriz elitista, debe ser visto en el marco de las circunstancias en que Encina escribe, y teniendo en cuenta que nuestro autor consideraba que la concepción política que le atribuye a Portales tenía validez para el siglo XX, constituyendo, por tanto, un modelo a implantar en el país. El punto reside en que debía ser implantado en contra de la opinión de la mayoría, la que, por su propia naturaleza, sería incapaz de comprender su necesidad.

Dicho de otra forma, lo que Encina quiere significar es que en las condiciones del “estado de compromiso” establecido en los treinta -cuando la oligarquía para defender sus intereses debía entrar en permanentes transacciones con la mesocracia y los sectores obreros- la implantación de un “régimen portaliano” enfrentaría las mismas incomprensiones e impopularidades con las que Portales se topa en su época. El llamado implícito que bajo estos supuestos hace Encina, es a romper con esas incomprensiones y a imponer -por sobre la mayoría incapaz de visión histórica, o sea, la mesocracia y el proletariado- un régimen autoritario personificado en una elite y en un líder iluminado, tipo Portales. Todo bajo el supuesto de que ese régimen realizaría los auténticos intereses de la nación, a diferencia de lo que ocurriría con el sistema de partidos y la democracia, los que, según se viera, expresarían intereses de grupo, conducirían a la decadencia y a la disolución nacional, en el fondo, identificadas con el ascenso de las clases subalternas.

De aquí que la verdadera funcionalidad que en su tiempo cumpliera el *Portales* de Encina no fuera otra que cuestionar el sistema de partidos y el régimen demoliberal y, por tanto, al “estado de compromiso” que políticamente se expresara en él. Y en tal cometido, una vez más, el pensamiento conservador antiliberal chileno, representado por nuestro

autor, evitaba transitar por las vías, quizás menos sinuosas, de la teoría política, prefiriendo, en cambio, argumentar sus contenidos a través de un discurso historiográfico.

Demás está decir que todos los grupos nacionalistas de la época se declararon portalianos. Incluso la derecha tradicional terminará haciendo lo propio, aunque con sus matices y sin renunciar a su adhesión al régimen demoliberal. Sobre todo desde los cincuenta ella asumirá el concepto de la política como sacrificio, es decir, como acción desinteresada en aras del país, así como también la idea de decadencia nacional, la que atribuyó a la ingerencia excesiva de los partidos (mesocráticos) en las decisiones de gobierno, a su juicio, a menudo movidos por meros afanes demagógicos. Frente a ello la derecha tradicional crecientemente reivindicará la necesidad de un gobierno fuerte, evidenciando así la influencia que en su seno alcanzaran las elaboraciones ideológicas conservadoras antiliberales.

Luego de publicado su *Portales*, Encina continuó con su labor historiográfica. Fue así como entre 1938 y 1952, dio a luz su monumental *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*, en veinte tomos, la cual alcanzó amplísima difusión. En ella, siguiendo los esquemas de Edwards y en abierta contraposición con la historiografía liberal, revalorizó la conquista y la colonia y exaltó a las figuras representativas del autoritarismo –Portales en primer término– al tiempo que descalificó a los representantes del liberalismo y de las tendencias democratizadoras en el país.

2. Jaime Eyzaguirre y la solución corporativista de corte católico e hispanista

Por cierto, Encina no fue el único intelectual conservador que durante los treinta desarrolló un pensamiento contrario al régimen demoliberal. Junto a él hubo otro núcleo que evidenció análoga actitud, aunque desde posiciones corporativistas y neotradicionalistas. Este grupo se organizó en torno a la revista *Estudios*. Su figura principal fue Jaime Eyzaguirre, quien desde 1934, y por veinte años, dirigiera la publicación.

Estudios fue un medio a través del cual se expresará cierto conservadurismo antiliberal católico. Entre sus colaboradores iniciales figuran Osvaldo Lira, Julio Philippi, Fernando Vives y Armando Roa. La revista registra dos periodos claramente delimitados. El primero abarca desde su fundación hasta la Segunda Guerra Mundial, mientras que el segundo se extiende hasta 1954, fecha en que dejará de publicarse.

Durante su primer periodo *Estudios* se caracterizó por difundir las concepciones corporativistas. En la época el corporativismo alcanzó amplio consenso en el mundo

católico. La encíclica *Quadragesimo anno* lo había propuesto como la solución frente a la crisis de la sociedad, de la cual seguía responsabilizando al liberalismo, a la modernidad y, en fin, a la secularización de la cultura. En Chile, durante los treinta la juventud católica lo asumió con gran entusiasmo.

Jaime Eyzaguirre era parte de ese mundo cultural, cuestión que se reflejaba con toda claridad en la orientación de la revista *Estudios*. En contraposición a la modernidad en curso, Eyzaguirre profesaba ciertas concepciones neotradicionalistas. A su juicio la tradición representaba la conformidad entre la existencia nacional y el ser nacional. Consecuente con sus concepciones neotradicionalistas, rechazaba a los partidos, a los que consideraba como un producto foráneo, de raíz principalmente francesa, inherente a la sociedad liberal individualista. A su juicio, la política partidista destruía, corrompía e impedía realizar el bien común, a la par que dividía a la comunidad nacional.⁷ En este sentido, Eyzaguirre asumía las críticas al sistema de partidos y, por tanto, al régimen demoliberal, que eran típicas tanto del tradicionalismo como del nacionalismo.

Como alternativa al sistema liberal, Eyzaguirre, a través de la revista *Estudios*, propuso la instauración de un régimen corporativo. Este sería coronado por un Estado garante de la justicia social y coordinador de la actividad económica. La estructura corporativa debía tener su punto de partida en la familia, siguiendo en el municipio y las corporaciones, culminando en un Consejo de Economía Nacional o Consejo Nacional de Corporaciones.

A este respecto, Eyzaguirre hizo suya toda aquella doctrina propia del neotradicionalismo español referente a los cuerpos intermedios existentes entre el individuo y el Estado, con su corolario sobre una sociedad jerárquica, ordenada, armónica, orientada al bien común y presidida por el espíritu católico, la cual debía superar el materialismo y la falta de espiritualidad, que serían propios del mundo moderno. En ese contexto el Estado debía respetar las soberanías de esos cuerpos intermedios, dentro de lo cual se incluía a la actividad económica, la que, por tanto, debía permanecer en manos privadas. El Estado podía intervenir en este campo sólo de modo supletorio o como un ente coordinador de las iniciativas de los particulares. Con ello Eyzaguirre, de hecho, profesaba el principio de subsidiaridad, el que en el futuro, durante la segunda mitad de los sesenta y comienzo de los setenta, será un vínculo privilegiado entre el corporativismo y el neoliberalismo.

La influencia intelectual de Eyzaguirre fue considerable. No se ejerció sólo a través de la Revista *Estudios*, sino por muchas otras vías. En 1933 fundó la Academia Chilena de la Historia, dio origen y participó en numerosas publicaciones propias de esta especialidad, creó el Instituto de Historia de la Universidad Católica y desarrolló en esta casa de estudios

⁷ Cristian Gazmuri y otros, *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre*, Ed. Aconcagua, Santiago, 1977, p.65.

una notable labor académica, difundiendo las concepciones neotradicionalistas y, finalmente, hispanistas, generando numerosos discípulos que, desde posiciones corporativistas o gremialistas, durante los sesenta, destacarán en su lucha en contra de los procesos de democratización en curso en el país. Igualmente fue un asiduo colaborador de la embajada de España en Chile y luego del Instituto de Cultura Hispánica. En la post guerra se convertirá en el principal exponente del pensamiento hispanista en el país, en buena medida recepcionando y nacionalizando el discurso franquista en el plano cultural e historiográfico.

3. Osvaldo Lira y la nostalgia por el neotradicionalismo de Vázquez de Mella

Otro de los representantes del neotradicionalismo de la época fue Osvaldo Lira, quien, como lo señaláramos arriba, colaborara con Eyzaguirre en la revista *Estudios*. Lira llevó a cabo un intento por aportar una fundamentación filosófica al tradicionalismo chileno,⁸ cuestión que abordó a través de su texto *Nostalgia de Vázquez de Mella*. El libro fue publicado en Chile en 1942, aunque su elaboración comenzó en 1939, siendo terminado en 1941, en la España franquista.

Uno de los trasfondos que hay que tener en consideración al ponderar el pensamiento de Lira, es el referente a la división que por esos años se produjo al interior del pensamiento católico, derivada de la influencia que dentro de él alcanzaron las concepciones de Jacques Maritain. Este, como es sabido, intentó armonizar el catolicismo con la modernidad, aceptando incluso la democracia. Lira, como Eyzaguirre, se convirtió entonces en uno de los principales críticos de los planteamientos maritainianos, siempre desde posiciones neotradicionalistas.

En adelante el neotradicionalismo deberá abocarse a combatir no sólo al liberalismo sino también a la línea democatólica, hacia la cual en Chile terminó orientándose la Falange Nacional, inicialmente corporativista y pro-hispánista. El señalado fue también el trasfondo ideológico de la división que durante los cuarenta se perfilará en el Partido Conservador, la que luego diera lugar a un segmento social cristiano. Este último, como es sabido, en 1957 confluirá con la Falange, dando origen al Partido Demócrata Cristiano.

Fue en el contexto de la mencionada escisión mariteneana que Osvaldo Lira asumió a plenitud la defensa del modelo neotradicionalista. Como se dijo, lo hizo en la versión de Vázquez de Mella. Es decir, asumiendo aquella concepción que, de hecho, postulaba la concentración de todo el poder en un Estado que acaparaba las funciones ejecutivas y

⁸ Renato Cristi y Carlos Ruiz, *op. cit.*, p.130.

legislativas, cuestión que quedaba designada con el concepto de soberanía política; y que suponía la existencia de cuerpos intermedios autónomos despolitizados en cuya actividad específica el Estado no interviene, cuestión que constituiría las soberanías sociales. A ello se agrega el principio de subsidiaridad y el concepto de tradición, que sería el vínculo incuestionable (“el sufragio universal de los siglos”) que uniría a las distintas generaciones que constituyen a la nación.

Lira intentó interpelar a las clases oligárquicas y empresariales instándolas a que asumieran el modelo de Vázquez de Mella. Al mismo tiempo, de modo implícito, procedió a condenar las posiciones mariteneanas. Todo en el marco de su rechazo abierto a la democracia liberal a la que, repitiendo a su maestro, calificara de, “intrínsecamente mala, abominable, por lo cual -dice- hay que echarla cuanto antes por la borda a fin de salvar la vida de la civilización.”⁹

Frente a la democracia liberal, sostuvo Lira: “la doctrina de Vázquez de Mella es la ÚNICA que podrá llevarnos a un auténtico y definitivo orden social porque es la única que brota de la gran raíz escolástica al calor del clima cristiano. De allí su inapreciable actualidad, en medio de la colosal desorientación que sufre el mundo.”¹⁰ “Se puede afirmar –agregó más adelante- que la doctrina de Vázquez de Mella no es UNA política, es LA política a que deba adherirse quienquiera desee ver realizadas en la vida colectiva de la sociedad civil los principios fundamentales de la moral cristiana y de la filosofía escolástica.”¹¹

Aparte de estas formulaciones, -en realidad dirigidas a los partidarios de Maritain-, Lira llevó a cabo una fuerte crítica a los sectores conservadores en general, y a las clases altas en particular, a los que acusó de adherir a los esquemas del liberalismo y de desconocer los modos de garantizar el verdadero orden. A este respecto, se refirió a “la ignorancia absoluta que reina entre los católicos y los llamados hombres de orden acerca del concepto mismo de la política y de su objetivo primordial, el bien común de la colectividad”. Y agregó: “los absurdos que se oyen brotar de los labios de gentes de orden son realmente increíbles. Las nociones de bien común, de orden, de libertad, de justicia social, andan entre ellos completamente deformadas por el cristal de un egoísmo subconsciente a cuyo través las consideran.”¹² Calificando a la clase alta como una “aristocracia ensoberbecida y prepotente” la acusó, en fin, de confundir “el orden con la mera tranquilidad callejera” y “la democracia con la demagogia liberal parlamentaria”.¹³ En resumen, de adherir al régimen demoliberal.

⁹ Osvaldo Lira, *Nostalgia de Vázquez de Mella*, Ed. Difusión Chilena S.A., Santiago, 1942

¹⁰ Osvaldo Lira, *op.cit.*, p.2

¹¹ Osvaldo Lira, *op. cit.*, p. 18 y 19.

¹² Osvaldo Lira, *op. cit.*, p.18.

¹³ Osvaldo Lira, *op. cit.*, p.18.

Una vez de regreso en Chile, Lira difundirá sus ideas sobre Vázquez de Mella, unidas a sus concepciones de tipo hispanista, desde la cátedra que ocupará en la Universidad Católica. Al mismo tiempo será un acérrimo admirador y apologista de la España franquista y colaborador sistemático de las actividades culturales de su embajada en Chile. Luego del golpe del 11 de septiembre, sus ideas en buena medida serán asumidas por la dictadura militar, cuestión que quedará plasmada en la *Declaración de Principios del Gobierno de Chile*, de marzo de 1974.

Las concepciones tanto de Encina como de Eyzaguirre descritas arriba -quizás en menor medida las de Lira- de una u otra forma tenían que interpelar a algunos sectores de la oligarquía, sin perjuicio de que, a la vez, hicieran lo propio respecto de ciertos sectores mesocráticos.

Uno de los elementos que, al menos en parte, vinculaba dichos autores a algunos sectores oligárquicos tenía, obviamente, que ver con los énfasis antipartidistas y autoritarios que planteaban. Cabe tener en cuenta que luego de la caída de Ibáñez la mesocracia y el proletariado habían canalizado su influencia mediante el régimen de partidos y de una ambivalente y muy relativa democratización del régimen político, ambos componentes del “estado de compromiso”. Ese proceso encontraba sus discursos legitimante sobre todo en las ideologías laico racionalistas propias del Partido Radical, y en las abiertamente marxistas, interpelantes del mundo obrero y popular, difundidas por el Partido Socialista y el Partido Comunista, ya plenamente integrados al orden institucional e interesados en su democratización. En ese contexto, las concepciones nacionalistas y neotradicionalistas de corte corporativo, con su antipartidismo y repudio al régimen demoliberal, venían a representar una opción maximalista dirigida a poner en su lugar a las clases subalternas por la vía de revertir abiertamente los procesos democratizadores en curso que posibilitaban su ascenso. Fue precisamente esto lo que hizo que el nacionalismo y el neotradicionalismo encontraran eco parcial en las clases oligárquicas y del gran empresariado. En particular, en sus organizaciones corporativas, como la Sociedad Nacional de Agricultura, la Sociedad de Fomento Fabril o la Cámara de Producción y comercio, pero también en la derecha tradicional, en particular en el Partido Conservador, unos y otros cansados de tener que transarlo todo, especialmente con la mesocracia partitocrática representada en gran medida por el PR.

Es cierto que, al menos por el momento, el conjunto de la derecha no asumió las concepciones conservadoras antiliberales en toda su extensión, es decir, hasta avanzar hacia la clausura del régimen demoliberal. Ello, entre otras cosas, debido a que, con tales fines, habría requerido apoyarse en el Ejército, en circunstancias de que éste registraba una historia reciente más bien pro mesocrática y antioligárquica. De ahí que, más allá de ciertos énfasis en la idea de autoridad y orden, la derecha seguirá siendo civilista, apostando a la

maniobra y a la cooptación del centro radical, estrategia que, por lo demás -apoyada en sus fuertes posiciones en el Congreso, funcionaba y le otorgaba legitimidad democrática. Digamos entre paréntesis que esta situación cambiará sólo durante la segunda parte de los sesenta y comienzos de los setenta. Sólo entonces, en otro contexto, la derecha asumirá a plenitud el nacionalismo, optando por la dictadura.

4. Jorge González von Marées y la fundamentación del nacional socialismo desde el organicismo biologicista

Aparte de las referidas arriba, cabe destacar otra tendencia de pensamiento antidemocrático de la época, sin duda de mucha menor relevancia política e intelectual, pero ilustrativa de cierto autoritarismo de cuño mesocrático antioligárquico, en particular en su versión nacional socialista. A este respecto cabe mencionar el libro que en 1940, luego de la crisis terminal del Movimiento Nacional Socialista, publicara Jorge González von Marées con el título *El mal de Chile. Sus causas y remedios*.

El texto pretende fundamentar un nacionalsocialismo contrario a la oligarquía y apoyado en sujetos populares. En esa perspectiva evidencia una fuerte impronta biologicista proveniente de comienzos de siglo.

El punto de partida del libro es el sentimiento de la crisis nacional, la que describe en tonos marcadamente sombríos, al más puro estilo de Nicolás Palacios. “Hay en todos los círculos –dice al respecto- una enorme inquietud por el futuro del país. El horizonte político y social se ha de tal manera obscurecido, que cada cual se pregunta dónde y en qué forma habrá de estallar la tempestad inminente.” Y agrega: “junto a esta certeza del cataclismo (...), una terrible desorientación invade los ánimos. Se comprende la necesidad de hacer “algo” para evitar la catástrofe, pero no se logra concertar ninguna acción concreta en tal sentido.”¹⁴

El sentimiento sobre la crisis es el punto de partida que lleva a González von Marées a indagar sobre las causas de la misma, cuestión indispensable para proponer las soluciones correspondientes. En ese empeño se acerca a la historia, a la que concibe como una clave que se requeriría desentrañar. En su reflexión hace suyo el esquema de la historiografía conservadora, fundada por Edwards, asumiendo desde la partida la tesis referente a la anarquía que habría advenido luego de la independencia, la que, sobre la base de un régimen de autoridad, habría sido superada por la acción de Portales, quien así generaría las premisas políticas para el apogeo del país.

¹⁴ Jorge González von Marées, *El mal de Chile. Sus causas y remedios*. Talleres Gráficos Portales, Santiago, 1940, p.169.

Igualmente González von Marées asume la tesis sobre la decadencia nacional, aunque agregándole sus propios matices, los que de ningún modo son menores. A su juicio, en efecto, dicha decadencia no habría sido el resultado de la mera intrusión del liberalismo y del abandono de la herencia hispano colonial por parte de la aristocracia, como lo sostuvieran Edwards y Encina; más bien sería el reflejo de los procesos socioeconómicos generados luego de la Guerra del Pacífico. Tales procesos habrían dado lugar a una profunda mutación en la clase dirigente. Como consecuencia de ellos, sostiene González von Marees, “aventureros y banqueros internacionales, sin más títulos que su fortuna, se incorporaron en los hasta entonces cerrados cuadros de la aristocracia tradicional, contaminándola con su espíritu de especulación y lucro. Fue formándose así –agrega– al lado del abolengo de la tradición de la sangre, un nuevo abolengo del dinero, el que lentamente adquirió sobre aquél una supremacía cada vez más marcada y omnipotente.”¹⁵

Como resultado de lo dicho, González von Marées sostiene que la aristocracia devino en oligarquía, divorciándose del interés nacional y asumiendo exclusivamente los suyos propios. Con esas miras demolió la institución del Presidente de la República y transformó el “antiguo gobierno nacional en un gobierno de clase”, cuestión que tendría su expresión más concentrada en la instauración del régimen parlamentario. Bajo este régimen el Congreso habría quedado sometido a “la voluntad omnímoda de las altas directivas de los partidos políticos, las que, a su vez, estaban directamente influenciadas por los grandes poderes financieros tanto internos como del exterior.”¹⁶

De este modo, para González von Marées, el parlamentarismo y el régimen de partidos, constituirían la modalidad que adoptaría la dominación oligárquica. La decadencia del país sería la consecuencia de esta dominación en la medida que su montaje supusiera el fin del gobierno nacional creado por Portales. Así, González von Marées responsabiliza a la oligarquía de la crisis en curso, tal como a comienzos de siglo, aunque con otros argumentos, lo había hecho Nicolás Palacios.

Ahora bien, ante la transformación de la aristocracia en oligarquía y ante la correlativa destrucción del gobierno nacional (portaliano) en beneficio de un régimen de partido y de clase conducente a la decadencia nacional, la nación, González sostiene la necesidad de encontrar otro sustento sociológico. Este sería el pueblo.

A los efectos de argumentar esta tesis, nuestro autor hace valer sus concepciones organicistas. En tal sentido, conceptúa a la nación como una entidad biológica cuya alma y destinos a lo largo del tiempo irían siendo representados por sucesivos grupos sociales e instituciones políticas los que, luego de agotarse, requerirían de un inevitable recambio. Tal

¹⁵ Jorge González von Marées, *op. cit.*, p.170.

¹⁶ Jorge González von Marées, *op. cit.*, p.170.

proceso sería el que se hallaría en curso en Chile donde la aristocracia, al devenir en oligarquía, estaría evidenciando su agotamiento como portadora del interés nacional. De allí la necesidad de su relevo por el pueblo. Este, por su parte, durante el siglo XX emergería como el representante de los intereses nacionales por el simple hecho de que no reivindicaría ningún interés particular, sino la mera justicia social. Por tanto, el gobierno nacional a restablecer –de tipo portaliano- no podría ser reedificado sino sobre una base popular.

Sentadas estas premisas, González von Marées pasa a argumentar su nacional socialismo. Cabe subrayar que para él el socialismo constituía “la doctrina de la primacía indiscutida de lo social sobre lo individual.”¹⁷ Tal cosa es la que lo convertiría en la expresión de la irreversible voluntad de justicia social que poseerían las masas populares emergidas al protagonismo histórico. De allí que existiría una identificación entre el socialismo y el pueblo. Pero también entre el socialismo y la nación en la medida en que ésta estaría entrando a una fase de su evolución en la cual su alma y su destino pasarían a estar representadas por los sujetos populares.

Por eso es que, sostiene González von Marées, no es posible “en el actual periodo de nuestra evolución colectiva desligar la idea nacional de la idea socialista, por la misma razón de que en el siglo pasado la idea nacional no pudo ser desprendida de las ideas liberales que entonces informaban el sentir social de los pueblos.” Por lo tanto, en las actuales circunstancias “nacionalismo y socialismo (serían) dos términos que necesariamente se complementan y sin cuya confluencia no sería concebible...la realización de un Gobierno Nacional que pueda legítimamente ostentar este calificativo.”¹⁸ Así, pues, quedaba fundamentada la necesidad de un nacional socialismo.

Bajo estos supuestos, ¿en qué, exactamente, consistiría la crisis nacional en curso? Para González von Marées consistiría en el bloqueo que la agotada oligarquía y el liberalismo –con su régimen de partidos- opondría a la evolución natural del organismo nacional. Dicho de otro modo, consistiría en la violencia biológica que sobre el organismo social se haría mediante el aferramiento de la oligarquía al poder, con la correspondiente mantención del Estado liberal partidista. Tal cosa obstaculizaría el paso del organismo nacional a la fase evolutiva que naturalmente le corresponde, con lo cual se lo amenazaría con la disolución y la muerte. Este sería, ni más ni menos, el peligro que pendería sobre Chile.

En todo caso, como es propio de cualquier nacionalismo, la muerte del organismo nacional viene, en el pensamiento de González von Marées, íntimamente asociada al tema

¹⁷ Jorge González von Marées, *op. cit.*, p.172.

¹⁸ Jorge González von Marées, *op. cit.*, p.172

del comunismo. Este, a su juicio, en su tarea disolvente, se hallaría en estrecha conexión con el liberalismo, constituyendo su continuación lógica. Ello sucedería debido a que la opresión oligárquica -vehiculizada por el régimen liberal- conduciría al pueblo a una creciente miseria y descontento, quedando así a disposición de la prédica revolucionaria comunista. En este marco, González von Marées ve en el gobierno del Frente Popular los prolegómenos de la imposición del PC, cuestión que asocia a la eventual conversión del país en una “sucursal de la Unión Soviética”, lo que supondría el término de su vida independiente. Así, pues, el comunismo completaría la obra destructora de la nacionalidad iniciada por el liberalismo.

A partir de tales supuestos es que nuestro autor procede a justificar la acción decisionista del cinco de septiembre de 1938, la que, dice, con el apoyo de las FF.AA, buscaba “impedir que se perpetuara la dictadura plutocrática”, intentona que, como es sabido, terminó con la masacre del Seguro Obrero.

De este modo, en el pensamiento de González von Marées, liberalismo y comunismo constituirían los enemigos de la nacionalidad, que conducirían a su decadencia y disolución. Frente a ellos reaccionaría el nacional socialismo entendido como una expresión nacional y popular destinada a sacar al país del desastre. Tal cosa, en fin, tendría que operar mediante la instauración de un gobierno portaliano, impersonal y de unidad nacional, que gobernaría sobre partidos y banderías, iniciando la reconstrucción nacional. Entonces, el ciclo de la decadencia sería revertido y la nacionalidad sería reconducida a sus días de gloria.

No está demás señalar que el mencionado gobierno nacional debía dar lugar, según González von Marées, a una “democracia orgánica”, es decir, a un régimen corporativo, basado en cámaras funcionales que reemplazarían al viejo Congreso Nacional, cámaras que asesorarían a un Ejecutivo fuerte en su labor ejecutiva y legislativa. Ejecutivo que, por lo demás, tendría que implementar una serie de medidas radicales, como la Reforma Agraria, la nacionalización de las riquezas básicas y la regulación de la economía.

Conclusiones

Durante la década de los treinta y comienzos de los cuarenta el pensamiento contrario al régimen demoliberal en Chile experimentó un nuevo desarrollo. Ello mediante el apareamiento de obras y emprendimientos intelectuales que tendrán en Francisco Encina y Jaime Eyzaguirre sus representantes principales. Evidencias de ese desarrollo también fueron los libros de Osvaldo Lira y Jorge González von Marées, quienes, no obstante, no alcanzaron la influencia de los primeros.

El elemento en común que desde el punto de vista del contenido de sus obras evidenciaron unos y otros, fue la decidida crítica que realizaron a la democracia liberal, en función de cuyo desplazamiento en el país aportaron elementos teóricos. Identificados con las tendencias nacionalistas o corporativistas en auge en la Europa de la época, los mencionados autores vieron en la persistencia del régimen demo liberal en Chile la gran causa de lo que consideraron era su decadencia. En base a este supuesto, a través de las obras analizadas, aspiraron a aportar un pensamiento funcional a su reemplazo por regímenes autoritarios los que, a diferencia de los demo liberales, consideraron como intrínsecamente ligados al interés nacional. El cuestionamiento que hicieron a las libertades inherentes a la democracia liberal y su apología del autoritarismo permite concebir a las obras analizadas en este artículo como parte de aquél pensamiento antidemocrático que siempre ha sido influyente en Chile.

Sin perjuicio de lo señalado, cabe hacer una distinción entre González vón Marées y los otros tres autores analizados. Radica en que él, a diferencia de estos últimos, reflexionó desde cierta pequeña burguesía y no desde los estratos oligárquicos, a los que también conceptuó como contrarios a los intereses de la nación.

Recibido: 4 diciembre 2013
Aceptado: 23 enero 2014

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Correa, Sofía: Con las riendas del poder. Ed. Sudamericana, Santiago, 2004
- Corvalán Marquez, Luis: Nacionalismo y autoritarismo durante el siglo XX en Chile, Ediciones de la Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago, 2009
- Cristi, Renato/Ruiz, Carlos: El pensamiento conservador en Chile, seis ensayos, Ed. Universitaria, Santiago, 1992
- Encina, Francisco: Portales, Ed. Nascimento, Santiago, 1964
- Gallego, Ferrán/Morente, Francisco: Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa, 1914-1956. Ed. El viejo topo, Barcelona, 2010

-Gazmuri, Cristian y otros: Perspectiva de Jaime Eyzaguirre, Ed. Aconcagua, Santiago, 1977

-González von Marées, Jorge: El mal de Chile. Sus causas y remedios. Talleres Gráficos Portales, Santiago, 1940, p.169

-Herrero, Javier: Los orígenes del pensamiento reaccionario español. Editorial Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1971

-Jara, Isabel, De Franco a Pinochet. El proyecto cultural franquista en Chile, 1936-1980. Facultad de Artes de la Universidad de Chile, Santiago, 2002

-Lira, Osvaldo: Nostalgia de Vázquez de Mella, Ed. Difusión Chilena S.A., Santiago, 1942

-Montero, René: Confesiones políticas, Ed. Zig-Zag, Santiago, 1959

- Nolte, Ernst: La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas. Ediciones península, Barcelona, 1971

-Snadjer, Mario: El nacional socialismo chileno en los años treinta. Revista Mapocho, N° 32

Varios autores: Pensamiento nacionalista. Ed. Gabriela Mistral, Santiago, 1974